

Félix Sardà y Salvany, paradigma de una Iglesia reaccionaria y a un tiempo innovadora

Santi Vila i Vicente

Universitat de Girona

«La Hevolució de setembre (la Gloriosa, com se Ji deia per mal nom), tan descamptada per inepta, per xorca i per descarada, tingué un mèrit que seria injust voler-li llevar: el de promoure una reacció que donà per resultat despertar moltes consciències que estaven adormides i revetllar molts sentiments que estaven, si no apagats, almenys esmortuïts. El sentiment religiós, per exemple, es revifà d'una manera que no en tenien idea els nostres pares [...]».

Marià Vayreda, Olot, julio de 1898.

Hace ya más de cincuenta años, en *El Laberinto español*, Gerald Brenan empezaba su capítulo dedicado a los liberales y la Iglesia citando unas palabras de José Castillejo: «Los anarquistas han destruido muchas iglesias, pero el clero había destruido antes la Iglesia»¹. Casi por las mismas fechas en que lo hacía Brenan, y también desde fuera de la Península, el canónigo Carles Cardó proponía en *Les dues tradicions. Història espiritual de les Espanyes*, una especie de crónica retrospectiva de lo que pudo haber sido y no fue la historia de España². Revisando lo que había supuesto el siglo XIX, Cardó recordaba cómo, desde la

¹ BRENNAN, G.: *El Laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, París, Éditions Ruedo Ibérico, 1962, p. 31; la primera edición del libro, en inglés, data de 1943.

² CARDÓ, C.: *Les dues tradicions. Història espiritual de les Espanyes*, Barcelona, Claret, 1977; el libro apareció al público por primera vez, en francés, el 1947.

Guerra de la Independencia, la historia de las Españas había quedado marcada por «un doble malentendido»: en la derecha, por el error de haber identificado religión con absolutismo; en la izquierda, por el abuso interesado de esta asimilación de la religión por parte de la derecha. Empezaba así una «doble mala tradición» que en el seno de la Iglesia cuajaría en un esfuerzo por marchar contra el espíritu del siglo o, lo que era lo mismo, contra el imparable camino de las sociedades modernas hacia el nuevo orden liberal.

Más recientemente, el historiador Josep M.a Fradera ha hablado de «tiempo perdido» en referencia a un mundo católico que hasta la consumación de la Semana Trágica, en 1909, no (re)descubriría las claves de un programa balmesiano que, paradójicamente, había sido escrito hacía setenta años³. Hacer la historia del olvido y menosprecio del pensamiento de Balmes, de su intento de buscar la conciliación entre catolicismo y liberalismo, es hacerla, en parte, de la vida y obra de Félix Sardà y Salvany y de los miembros de su generación.

Nacido en Sabadell, en 1841, en el seno de una familia acomodada, Sardà tenía apenas siete años cuando, el 9 de julio de 1848, la muerte llamó a la puerta de un Balmes que llegaba al fin de sus días enfermo de tuberculosis, aislado intelectual y políticamente -especialmente desde la publicación, en 1847, de su opúsculo *Pío IX-*. Aun en el ocaso de su vida, ya en pleno siglo xx, Sardà permanecería convencido del desacierto de la propuesta balmesiana:

«No puedo ocultarte [le confesaba al amigo y discípulo Lluís Carreras] que a mí me ha parecido siempre una equivocación de Balmes el haber escrito el folleto acerca de Pío IX, por haber abierto en demasía la esperanza de los católicos a la conciliación de la Iglesia con las tendencias modernas. Y aún más te diré, que, a pesar de la sincera devoción que a tan grande apologista y filósofo llevo, jamás me he sentido atraído a leer su colección de *Escritos Políticos*, cuya orientación me pareció siempre poco a propósito para conservar y actuar de nuevo las tradicionales reservas de vida católica que alientan en el fondo de la sociedad católica»¹.

³ BALMES, J.: *Escritos sobre Catalunya. Jaume Balmes*, prólogo de Josep M.ª FRADERA, IUHJV, Vic, Eunto, 1998; la cita en la p. 7, nota 8.

¹ CARRERAS I MAS, L.: «El Apologista popular» en «Filial homenaje de la Revista Popular a su director y maestro Félix Sardà y Salvany», *Revista Popular*, Tipografía Católica Pontificia, Barcelona, 15 de junio de 1916, p. LX. Afortunadamente, en el sello de la Iglesia no todas las voces respondían a la misma sensibilidad. Así, por ejemplo, Jaume Collell, el eminente canónigo y publicista vicense -gran amigo y cola-

De hecho, el fracaso y la muerte de Balmes habían supuesto mucho más que la frustración de una actitud encaminada a acomodar ideológicamente la Iglesia en el mundo moderno. Como ha puesto de relieve recientemente Fradera, su fracaso era el fin, también, de los esfuerzos dentro de la Iglesia por aproximarse a la realidad, por entenderla e interpretarla, desde parámetros positivos ⁵.

Sardà explicitaría, como pocos, el triunfo en el interior de la Iglesia de esta nueva sensibilidad que se impuso durante los años cincuenta y sesenta. Una «Hueva» sensibilidad marcada por su impermeabilidad ante los cambios sociológicos y, consecuentemente, por su esclerosis/involución doctrinales ⁶.

Una involución y esclerosis doctrinales, no obstante, que no encuentran su parangón por lo que a las formas se refiere. En este sentido, el énfasis historiográfico mostrado ante la necesidad de señalar el marcado antiliberalismo político de la Iglesia contemporánea ha encubierto la no menos decidida apuesta de algunos de sus más celosos adalides a la hora de modernizar las formas de apostolado, de socialización

borador del obispo Torras y Bages pero también de Sardà y Salvany-, hablando retrospectivamente de su infancia y primera juventud y refiriéndose a Balmes, escribiría con orgullo que «la mare'm contava que quan passà l'enterro del príncep dels apoligistes moderns per lo Cal] Nou, ella en sos braços me portà a veurel» y que siendo aún un adolescente había devorado todos sus libros. Las palabras de COLL.FIL. en *Del meu fadrinatge*, «Biblioteca d'Autors Vigatans», núm. XV, *Gazeta de Vic*, 1920, p. 65.

⁵ El desarrollo de este argumento en, FRADERA, J. M.^a: *Jallne Balmes. Els fonaments racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo, 1996.

0 Dicho en palabras de Fradera: «Els anys cinquanta i seixanta veurien l'esgotament definitiu dels corrents d'eclesiàstics filiberals o disposats, com a mínim, a un diàleg en termes d'una certa igualtat amb les expressions culturals i intel·lectuals del liberalisme. L'Església entrà a Catalunya i a Espanya en una etapa d'opacitat ideològica i de petrificació cultural, en què mentre s'adaptava políticament i institucional al règim liberal confessional [...] mantenía una relació de confrontació i de desaprovació radical amb la cultura liberal». FRADERA, J. M.^a: *Cultura nacional en una societat dividida*, Barcelona, Curial, 1992, pp. 287-288. En esta misma dirección véase también el trabajo de MARTÍ, C.: «La religiositat a Barcelona a mitjan segle XIX», en MANENT, A. (dir.): *Contribució a la història de l'església catalana. fomerwige a mossèn Joan Honel i Baltà*, Montserrat, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1993 pp. 121-177. De hecho, Fradera probablemente carga demasiado las tintas cuando habla de «esgotament definitiu dels corrents d'eclesiàstics filiberals». En este sentido, pocos ejercicios como el estudio de la trayectoria de Sardà muestran con tanta claridad, -especialmente si lo tomamos como punto de referencia- la amplia gama de matices y distancias existentes, dentro del campo eclesiástico, con respecto del liberalismo. Nombres y trayectorias como las de Eduard Maria Vilarrasa, JDefons Catell 0 Josep Penedés i Poblet dan prueba de ello.

(y politización) de los fieles. La trayectoria de Sardà resume perfectamente esta compatibilidad entre un visceral y radical antiliberalismo en lo que a lo político se refiere y la capacidad de sumarse, incorporar e incluso innovar nuevos métodos de atracción y concienciación de los fieles a través de la movilización, de la propaganda, de la prensa y del impulso de nuevos espacios de sociabilidad ⁷.

El texto que ofrecemos a continuación pasa revista a los primeros pasos de Félix Sardà y Salvany como propagandista católico. Unos primeros andares que coincidieron con el estallido de la revolución de Septiembre y la experiencia del Sexenio.

El Apostolado a través de la prensa

A pesar del retraso y de la relativa indiferencia con que la noticia del pronunciamiento gaditano llegó a Barcelona, finalmente, el 29 de setiembre de 1868, previa garantía que el ejército no pondría impedimentos, los barceloneses se incorporaron a la ola revolucionaria iniciada en Cádiz ⁸. Los por entonces jóvenes eclesiásticos Ildefons Gatell y Eduard Maria Vilarrasa dejarían constancia escrita de la experiencia vivida durante aquellas primeras horas del Sexenio:

«La plaza Nueva, la plaza Real, la de la Constitución, el llano de la Boquería, no hubo punto céntrico algo importante que no tuviera su fogata, y allí llovían cuadros, papeles, y para que el fuego tuviera mayores proporciones, se echaban además sillones, doseles, Lodo cuanto pudiera oler a monarquía» ⁹.

⁷ BOTTI, A., en su libro *Cielo y dinero. El nacimiento del catolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza, 1992, ya planteó la inconsistencia de presumir que el radical antiliberalismo político exhibido por la Iglesia a lo largo del siglo XIX fuera incompatible con la asunción, participación e incluso impulso de proyectos de modernización y desarrollo en clave liberal, capitalista, en el terreno económico. Igualmente, como muestra el caso de Sardà, también en el terreno de la cultura se percibe claramente la compatibilidad de una aversión absoluta al liberalismo político con un no menos decidido apego a las nuevas formas de propaganda y movilización, en clave liberal o, si se quiere, moderna.

⁸ FONTANA, J.: «La Fi de l'Antic Règim i la industrialització», en VILAR, P. (dir.): *Història de Catalunya*, vol. V, Barcelona, Edicions 62, 1993.

⁹ GATELL, J. I., Y VILARRASA, E. (VI): *Historia de la Revolución de Septiembre*, vol. I, Barcelona, Imprenta y Librería Religiosa y Científica del heredero de Pablo Riera, 1875, p. 336.

Quemaron retratos de los Borbones, se incendiaron las casillas de consumos y ante la mirada atenta y embobada de toda la población se prendió fuego al buque-prisión anclado en el puerto:

«Era de ver el espectáculo que ofrecía aquel grande incendio, que se reflejaba en las aguas del mar. La muralla, los terrados de las casas de Barcelona y hasta de las poblaciones del llano estaban atestados de gentes que contemplaban aquel cuadro siniestramente fantástico en que la grande hoguera flotaba sobre las olas, que aun en su aparente tranquilidad ocultan el misterio de futuras tempestades. Los hombres que piensan veían en aquella llama que enrojecía el cielo el símbolo de la rojiza luz de la Revolución, que alumbraba entonces en la superficie de un mar tranquilo, pero que escondía también el secreto de futuras tormentas»¹⁰

Unas futuras tormentas que no tardaron en llegar y que pronto situarían a la Iglesia en el ojo del huracán revolucionario. En su primer manifiesto oficial, el 1 de octubre de 1868, la Junta Provisional Revolucionaria de Barcelona apuntó ya como principal obstáculo y enemigo de la nueva situación política... a los jesuitas:

«¡Alerta, catalanes, alerta!... Hemos dado el primer paso en la obra sacrosanta de nuestra regeneración; paso glorioso, como todo aquel que da principio a la vida de la libertad y del derecho, a la vida del hombre. Europa entera nos contempla hoy (...) Pero no debemos cegarnos, catalanes, no debemos adormecernos en este principio de nuestra grandiosa espera. Nuestros enemigos velan; velemos también nosotros; nuestros enemigos maquinan en la oscuridad cobardes e infames planes; procuremos, pues, no ser víctimas de ellos. ¿y sabéis quienes son nuestros enemigos? (...) Nuestros enemigos los ha señalado la Junta Provincial. Los de la Compañía de Jesús, que son y han sido los irreconciliables enemigos de la humanidad, son nuestros adversarios, terribles, sí, porque son hipócritas [...]>>»¹¹.

La lectura atenta de los números de las primeras semanas del *Boletín Oficial Revolucionario* confirma hasta qué punto en la cultura política de progresistas, demócratas y republicanos, los avances de la revolución y el progreso de la sociedad se asociaban, interesadamente o no, a

¹⁰ *ibid.*

¹¹ *Boletín Oficial Revolucionario de la provincia de Barcelona*, núm. 1, 1 de octubre de 1868, p. 1. Como es sabido, el 7 de octubre se concretaría la expulsión de los jesuitas que todavía permanecían en la provincia. La información de la noticia en *Boletín Oficial*..., núm. 11, 8 de octubre de 1868.

los ataques a la Iglesia¹². De entre la docena de iniciativas que la Junta Provisional Revolucionaria pudo llevar a cabo en los poco más de quince días en qué funcionó, la mitad de ellas abordaron cuestiones referidas a la religión¹³.

La batería de decretos que en el transcurso del mes de octubre sacaron a la luz los ministros Romero Ortiz y Ruiz Zorrilla y el clima marcadamente anticlerical que se respiraba en las calles de la mayoría de ciudades del Estado, situaron a la Iglesia en una posición especialmente difícil¹⁴.

En Barcelona, mientras que el obispo Pantaleón Montserrat se disponía a afrontar la situación por la vía diplomática (en un difícil equilibrio entre un Gobierno poco sensible a la conservación del marco concordado el 1851 y un bajo clero menos dispuesto aún a transigir dócilmente con los avances de la revolución), jóvenes y eelosos católicos como Sardà y Salvany se mostraban decididos a combatir la nueva situación en otro terreno: el del apostolado a través de la prensa.

A sus ojos, la actitud que ante aquellos hechos debían adoptar los católicos no dejaba lugar a dudas:

«No basta quejarse, no; no se remedian con lamentos los grandes males de la patria. Tómese parte en esta lucha gigantesca en que anda hoy dividido el mundo y cuyo palenque principal es la prensa»¹⁵.

¹² Sobre el tema del anticlericalismo véase SUÁREZ CORTINA, M.: *Historia del anticlericalismo...*, op. cit. Véase también CRUZ, R. (ed.): «El anticlericalismo», en *Ayer*, núm. 27, 1997.

¹³ Concretamente, la Junta Provincial expulsó «la tenebrosa Compañía de Jesús»; suprimió comunidades religiosas «rémora de todo progreso, escuela reaccionaria de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas, fragua donde se han fojado y remachado constantemente las cadenas que ahogaban al pueblo»; derogó «la bastarda ley de instrucción pública»; suprimió el Seminario conciliar; proyectó el derrumbe de la Iglesia de Sant Mique! y de los conventos de Jerusalén y Junqueras, y promovió —insistía con orgullo— «la realización práctica de la libertad de cultos» (*Boletín Oficial Revolucionario de la provincia de Barcelona*, núm. 24, 21 de octubre de 1868, p. 11).

¹⁴ Una contextualización general en CÀRCEL ORTÍ, V.: *Iglesia y revolución en España (1868/1874)*, Pamplona, Ediciones Universidad de Navarra, 1979. Véanse también PETSCHEN, S.: *Iglesia-Estado, luz cambio poliúco. Las constituyentes de 1869*. Madrid, Taurus, 1975, y el capítulo 8 del libro de CALLAHAN, W. J.: *iglesia, poder y sociedad en España, 1750-1874*, Madrid, Nerea, 1989, que aborda el tema desde una perspectiva liberal.

¹⁵ SARDÀ y SALVANY, F.: *Manual deL apostolado de La prensa ó sea guía práctica deL individuo en esta sociedad, por...*, 2.^a ed. Barcelona, Tipografía Calóica, 1873, p. 84.

Para Sarda, la página impresa era el nuevo campo de batalla a donde había que convocar a «todos los buenos»:

«Cada día que pasa va convenciéndome más y más de la necesidad de que se empleen para la defensa de la verdad y del bien los formidables recursos que pone en juego la impiedad para extirparlos del mundo. Y es innegable que uno de los principales es la imprenta. Éste es el principal campo de batalla del día de hoy. Acudamos a él todos los buenos»¹⁶,

De hecho, impulsar alguna actividad de (contra)propaganda no debía ser una empresa demasiado difícil. Siendo ya un anciano, el cura Martí Camprubí explicaba como en su juventud, durante el Sexenio, había participado con un par de amigos de la universidad en acciones de propaganda católica: confrontaciones dialécticas con los impíos desde lo alto de un carruaje convertido en improvisada tribuna, actos de «sabotaje» a reuniones de los considerados adversarios y el impulso de un pequeño periódico llamado *La Verdad* fueron algunas de sus principales actividades¹⁷. Evidentemente, como recordaba Camprubí, aquel activismo rápidamente se retroalimentaba y generaba más y más deseos de polemizar con los enemigos. Así, por ejemplo, a propósito de una discusión en la plaza de San Sebastia con un tal eosme, «un pastor protestante [que]Ja la postre, como todos los de su calaña, resultaba un librepensador, o más bien un ateo de baja estofa», que acabó disuelta por una carga policial, uno de los miembros de la pandilla, estudiante pero dotado de buena fortuna, se decidió a invertir mayores esfuerzos en la actividad propagandística:

«Recluté a varios mozuelos que, retribuidos por él con largueza, iban tras los carros revolucionarios con el único fin de recoger de éstos cuantos libelos impíos y hojas obscenas pudieren; cuales hojas y libelos, traídos después a nosotros, eran arrojados, entre risas y jolgorio, a una hoguera preparada convenientemente en el patio de la casa de mi amigo. Adquirió éste una imprenta, la instaló en secretos sótanos de su casa, y publicó un periódico titulado *La Verdad*, denodado defensor de los derechos justos y santos, del que dos discípulos más y yo éramos redactores [...]»¹³.

¹⁶ SARDÀ y SALVANY, F.: *IV anual...*, op. cit., p. 6.

¹⁷ CAMPRUBÍ, M.: «Recuerdos viejos», en Centro Moral de San Francisco de Paula, *Al eminentísimo y reverendísimo Señor Cardenal Casañas obispo de Barcelona en sus bodas de plata*, Barcelona, Litografía artística, 1904, pp. 57-65. Del periódico *La Verdad* no hemos podido localizar ningún ejemplar.

¹⁸ CAMPRUBÍ, M.: «Recuerdos viejos», op. cit., p. 64.

Por las noches, además, estos jóvenes celosos y románticos católicos salían a empapelar las calles y rincones de Barcelona con carteles que rezaban «¡Viva la Religión!», «¡Viva el Papa-Rey!», «¡Abajo el protestantismo!» y otros mensajes similares considerados «antídoto a los carteles blasfemos»¹⁹.

En este punto, es interesante la reflexión que Ildefonso Gatell y Eduardo María Vilarrasa apuntaron desde las páginas de su *Historia de la revolución*, a la hora de intentar dar explicación al desbordante surgimiento de iniciativas de propaganda y movilización católicas que generó aquel contexto revolucionario y del que Sardà sería máximo exponente:

«El establecimiento de la libertad de cultos fue la voz de alerta dada a los católicos españoles. Revelose inmediatamente una actividad extraordinaria. Los que en un principio, llevados de su optimismo, creyeron que aquella fiebre sería pasajera, pudieron persuadirse que las crisis por que pasa un pueblo se dilatan a veces por largos años; y entonces se organizó en grande escala la propaganda católica, colocándose a la sombra del derecho común los que en un principio repugnaban ampararse en unas leyes que, aun con el pretexto de conceder igual libertad para todos, veíase sin embargo, en ellas un abierto espíritu de hostilidad contra los católicos. Fundáronse multitud de periódicos religiosos, estableciéronse sociedades de católicos en todas partes, abriéronse escuelas para todos los hijos del pueblo, para las clases obreras, inaugurase un período de acción que no dejó de producir notables resultados»²⁰.

Sin duda, en opinión de Gatell y Vilarrasa, lo más trascendente, aquello que constituiría el verdadero legado del Sexenio para la futura Restauración, fue el haber conseguido reavivar la pasión y la militancia católicas:

«Por todas partes surgían asociaciones católicas, planteábanse escuelas dirigidas por maestros de reconocida religiosidad y celo, establecíanse bibliotecas populares. No recordamos un período de mayor actividad. Entonces se observaba el gran consejo de San Agustín: *In necessariis unitas, in dabiis libertas*. Aquellos hombres, que por otra parte podían ser carlistas, isabelinos o republicanos, entonces no eran más que católicos; los había unido perfectamente el peligro común de la fe que todos profesaban, y si en el terreno libre de la política podían pensar de distinta manera y resolver las cuestiones con diferente criterio, en el terreno necesario de la religión había allí la más admi-

¹⁹ *[ibid.]*

²⁰ GATELL, I., y VILARRASA, E.: *Historia de la Revolución...*, op. cit., pp. 521-22.

rable unidad (...) Inicióse entonces una regeneración religiosa tal, que hombres de grande fe hasta bendecían el advenimiento de la Revolución, porque ella servía para deslindar los campos; porque ella despertaba a muchos del sueño de la indiferencia, porque el viento de la Revolución servía para aventar las cenizas que ocultaban el fuego de la piedad católica en muchos corazones» 21.

Fue en este contexto de creciente polarización y radicalización de las posiciones, de profanaciones simbólicas y reales de espacios considerados sagrados por los católicos, que Sardà y Salvany y muchos de los católicos de su generación, dieron sus primeros pasos como propagandistas ²².

A pesar de que, con el estallido de la revolución y la inmediata clausura del Seminario, Sardà decidió abandonar su actividad docente (y los estudios de Derecho que había iniciado el año anterior), para trasladarse definitivamente a Sabadell, su ciudad natal, y ocupar un beneficio que su familia mantenía en la parroquia de San Félix, de

21 GATELL, I., y VILARRASA, E.: *Historia de la Revolución...*, op. cit., p. 718. Evidentemente, las palabras de Gatell y de Vilarrasa tenían poco de imparciales. Escritas a las puertas de la Restauración canovista, aquellas frases intentaban contribuir, sin duda, a la construcción de un recuerdo idealizado de la unión de los católicos que permitiese superara unas disputas de partido que, como es sabido, en los años ochenta acabarían desembocando prácticamente en el cisma. Una unión de los católicos, que incluso en el período revolucionario, tal y como evidencian las agrias polémicas sostenidas por Mañé y Flaquer, Llauder y Casañas o el propio Sardà desde sus respectivos periódicos, resultaría más que discutible.

²² La referencia a la «generación del Sexenio» la encontraremos en mucha de la documentación y prensa de la época, así como, especialmente, en la futura historiografía sobre el tema. Nótese, en este sentido, ciertamente, la tierna edad de la mayoría de los jóvenes empresarios y apologistas de que aquí hemos hablado: seguidores y admiradores de los que en más de una ocasión habían sido sus maestros -Rubió i Ors, Milá y Fontanals, Coll y Vehí, el P. Fermín Costa-, configuraban, sin duda, un grupo con inquietudes políticas e intelectuales similares, los lazos entre los cuales, en la mayoría de los casos, no se desatarían ya durante el resto de su vida. En el momento de estallar la revolución, Sanmartí tenía 28 años; Guillermo Guillén, 23; Manuel Caya, 17; Jaume Collell, 22; Pere Nanot-Renart, 20; el mismo Sardà, 27. CL PÉREZ GUTIÉRREZ, F.: *El problema religioso en la generación de 1868*, Madrid, 1975; MILLAN-CILLVM, J. L.: *Revolucionarios, reformistas y reaccionarios (aproximación a un estudio de la generación de 1868)*, Sevilla, 1979. ROBLES, C.: *Insurrección o legalidad*, Madrid, CSIC, 1988, habla de «generación del 68» y también, siguiendo a J. Vicens, de «generación de la Restauración», refiriéndose con ello al conjunto de jóvenes políticos que, decepcionados por la experiencia democrática del Sexenio, entrarían y serían sensibles a la práctica conciliadora. Sobre la noción de generación, es interesante el artículo de SIRINELLI, J. F.: «Cénération et histoire politique», en *Vingtieme Siecle*, núm. 22, abril-junio 1989, pp. 67-80.

hecho, tan pronto como las circunstancias se lo permitieron, Sardà restableció sus clases de latín en Barcelona. Su amigo y exprofesor Salvador Casañas, que al estallar la revolución ocupaba el cargo de secretario de estudios y vice-rector del Seminario, había trabajado para restablecer rápidamente la normalidad académica²³. Oficialmente clausurado el Seminario, Casañas fue el encargado de organizar «en diversos puntos de la ciudad diversas clases para suplir la falta de edificio, toda vez que las autoridades revolucionarias se habían apoderado del propio, instalando en él el instituto de Segunda Enseñanza»²⁴. Sardà reuniría a sus alumnos en la parroquia de Nostra Dona deIs Àngels.

La parroquia se convirtió, rápidamente, además de en un improvisado centro docente, en un foco de propaganda católica. Primitivo Sanmartí, que era miembro de la sección de propaganda de la *Asociación Católica de Amigos del pueblo* -nombre rimbombante detrás del cual encontramos una pandilla de jóvenes que se reunía en casa del duque de Solferino- propuso a Sardà colaborar en la publicación de unas hojas de cuatro páginas, destinadas a expandir, especialmente entre el pueblo, las enseñanzas del catolicismo²⁵. Sardà aprovecharía sus viajes a Barcelona para entregar a Sanmartí, siempre bajo seudónimo, sus cola-

²³ Datos biográficos sobre CASAÑAS y PAGÈS, S.: *Boletín Oficial Eclesiástico Obispado de Barcelona (BOEOB)*, núm. 1274, 30 de septiembre de 1901, pp. 317-327; ANZIZU, E. M., Sor: *Notes hagiogràfiques del Eminentíssim senyor Dr. D. Salvador Casañas y Pagés*, Barcelona, Imprenta de Francisco Altés y Alabart, 1909; Centro Moral de San Francisco de Paula: *Al eminentísimo y reverendísimo Señor Cardenal Casañas obispo de Barcelona en sus bodas de plata*, Barcelona, Litografía artística, 1904; MAS Y OLIVER, F. de P., Pvre.: *Elogio fúnebre del Emmo. y Rdm. Señor Cardenal Dr. Don Salvador Casañas y Pagés, obispo de Barcelona, predicado en la iglesia de Nuestra Sra. de Belén de dicha ciudad con motivo de los píos sufragios que la Asociación de Católicos dedicó a Su Eminencia el día 9 de noviembre de 1908 por...*, Barcelona, Establecimiento Tipográfico La Hormiga de Oro, 1909, y *El Palio Pontifical. Para perpetuar la memoria de la imposición del... con que el Augusto vicario de Jescucristo, nuestro santísimo Padre el Papa Pío IX se ha dignado distinguir al Emmo. y Rmo. Sr. Cardenal Casñas y a todos sus sucesores en el Obispado de Barcelona hecha en su santa Catedral Basílica el día 12 de febrero de 1905*, Mataró, Imprenta Horta, 1905. Véase también la entrada firmada por BONET y BALTA, 1.: *Diccionari d'Historia eclesiàstica de Catalunya*, Barcelona, Generalitat de Catalunya i Editorial Claret, 1998.

²⁴ MAS Y OLIVER, F. de P.: *Elogio fúnebre...*, *op. cit.*, p. 8.

²⁵ El Duque de Solferino, Manuel de Llanza y Pignatelli, en aquellos momentos un adolescente, durante la Restauración sería uno de los más eminentes reorganizadores del Carlismo catalán. Su padre, Benito de Llanza y d'Esquivel, fallecido en 1863, es conocido por su larga y significativa correspondencia con destacados políticos de su tiempo como Francisco Pi y Margall o Juan Mañé y Flaquer. Sobre el primero, véase

boraciones²⁶. Recogidas por el mismo Sanmartí en la parroquia, una vez impresas eran distribuidas entre jóvenes y celosos estudiantes para ser repartidas por las calles y plazas, a las puertas de casinos y teatros²⁷.

Estas hojas, conocidas como «Hojas de Propaganda Católica», que comenzaron a circular por las calles de Barcelona el 15 de octubre de 1869, fueron la primera iniciativa periodística en la que participó Sardà²⁸. Pocos meses después, en abril de 1870, Sanmartí impulsó la «Biblioteca Popular», una colección destinada a ofrecer a precios populares -una peseta trimestral a cambio de dos o tres entregas mensuales- las obras de los principales autores clásicos y del momento²⁹. Un vistazo a los títulos publicados por Sardà nos dará una imagen del contenido de la Biblioteca:

CUADRO 1
Obras y opúsculos de Sardà y Salvany en la «Biblioteca Popular»
(1870-1872)

<i>Título</i>	<i>Extracto del editor</i>
<i>Apostolado de la Oración</i> <i>Ayunos y abstinencias. La Bula</i>	«... breve pero terminantemente, se explica en qué consiste, y lo que deben hacer sus asociados». «... con él les será fácil fa los fielesJ confundir a tantos necios como zahieren las prácticas piadosas, y comprenderán las razones de elevada filosofía...».

CANAL I MORELL, J.: *El Carlisme català dins l'Espanya de La Restauració. Un assaig de modernització política*, Vic, Eumo, 1998.

²⁶ P. Sanmartí y Busquet (Barcelona 1840-1933). Escritor, profesor de latín e impulsor de numerosas iniciativas de propaganda católica. Además de la creación de los opúsculos de la «Biblioteca Popular», fundó, juntamente con Guillermo Guillén y Sanlá y Salvany, la *Revista PopuLar*. Durante los primeros años del Sexenio fue miembro de diversas asociaciones católicas (Asociación Católica de Amigos del Pueblo, Juventud Católica, Apostolado de la prensa, etc.). Al proclamarse la República decidió abandonar la Península e iniciar un largo viaje por el mundo. Establecido en Perú durante muchos años, a su retorno impulsó la recuperación de la memoria del ya fallecido Sardà con la edición en la «Biblioteca Sabadellenca» del libro *EL Dr. Sardà i Salvany. Memòries i records*.

²⁷ SANMARTÍ, P.: «La propaganda catòlica i el Dr. Sardà», en *El Doctor Sardà i Salvany. Memòries i Records*, «Biblioteca Sabadellenca», núm. XIII, Sabadell, Tallers de Joan Sallent, 1927, p. 144.

²⁸ SANMARTÍ, P.: «La propaganda catòlica i el Dr. Sardà...», *op. cit.*, pp. 141-156.

²⁹ Pere Nanot, Manuel Gaya, Víctor Cebhardt, Joaquín Rubió i Ors, José Coll y Vehí, Joaquín Roca y Cornet, Jaume ColJell o clásicos como Balmes, Chateaubriand, Dc Maistre y, especialmente, Ségur, sin duda el más traducido y reeditado de todos. También destaca la llustrada presencia de autores jesuitas.

Título	Extracto del editor
<i>La Biblia y el pueblo. El pueblo y el sacerdote</i>	«En la primera parte señálanse los peligros del falso principio protestante de la lectura de la Biblia sola [00] En la segunda se desvanecen las calumnias que contra los sacerdotes acumulan los libertinos, y demuéstrase ante la razón y la historia ser esta clase la más virtuosa e ilustrada.»
<i>El Concilio. La Iglesia. La infalibilidad</i>	«00. Corto en paginas, pero abundante en suavidad y dulzura.00.»
<i>El Culto de María</i>	«Verdadera lección de teología popular [00.] con inimitable claridad y maestría se ponen al alcance de todos [00] Trázanse en él además a grandes rasgos las principales glorias del esclarecido Patriarca, y dáse una relación de las iglesias que poseen alguna de sus reliquias.»
<i>El culto de San José</i>	«Verdadera lección de teología popular [00.] con inimitable claridad y maestría se ponen al alcance de todos [00] Trázanse en él además a grandes rasgos las principales glorias del esclarecido Patriarca, y dáse una relación de las iglesias que poseen alguna de sus reliquias.»
<i>El culto e invocación de los santos</i>	«00. destinado a ejercer la propaganda religiosa en los grandes centros industriales00.»
<i>La Chimenea y el Camparario</i>	«00. demuestra como los hechos espiritistas son obra del demonio...».
<i>Qué hay sobre el espiritismo</i>	«00. demuestra como los hechos espiritistas son obra del demonio...».
<i>Imitación de María (I)</i>	«00. se pone de manifiesto la malicia de los periódicos impíos, pero muy especialmente la de los periódicos hipócritas, que fingen tener algo de catolicismo. De estos últimos, dice el autor, nos hemos de guardar como del mismísimo diablo...».
<i>Los Malos periódicos</i>	«00. se pone de manifiesto la malicia de los periódicos impíos, pero muy especialmente la de los periódicos hipócritas, que fingen tener algo de catolicismo. De estos últimos, dice el autor, nos hemos de guardar como del mismísimo diablo...».
<i>El Matrimonio Civil</i>	[recomendado] «a los padres de familia y jóvenes católicos que deseen una norma de conducta ajustada a las disposiciones de la Iglesia00.»
<i>El protestantismo. De dónde viene y a dónde va</i>	«00. después de examinar la constitución del protestantismo, y hallarla a todas luces absurda, y de demostrar lo inmundo y asqueroso de su origen...».
<i>El purgatorio y los sufrags</i>	«00. además de ser divinamente revelados, son soberanamente lógicos, y dulces, y consoladores para los que peregrinamos en este valle de lágrimas00.»
<i>Ricos y Pobres</i>	«... precioso folleto, cuyo objeto es poner a los pobres al abrigo de la seducción y de las falaces promesas de mentirosos regeneradores, y dar al mismo tiempo a los ricos un grito de alerta que les haga conocer la verdadera causa del peligro que les amenaza...».

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos que aporta el *Catálogo...* y la sección Bibliográfica de la *Revista Popular*.

(1) Sardá y Salvany fue el traductor. Firma bajo las iniciales U. D. M. «Un Devoto de María».

Visto el éxito de ambas iniciativas, los ya inseparables Sanmartí y Sardà dieron forma a uno de sus proyectos propagandísticos más ambiciosos de este período: la creación e impulso del Apostolado de la Prensa. Como indicaba Sardà en el *Manual* elaborado para difundir el proyecto, el objetivo perseguido por tal iniciativa era

«proporcionar sanas lecturas a todo el mundo e impedir la circulación de todas las perniciosas»³⁰.

Para conseguirlo, Sardà invitaba a organizar una asociación de forma bien laxa. Adoptando todos los «apóstoles» como referente al Papa, en la diócesis al obispo y en la parroquia al rector, había que trabajar coordinadamente pero con independencia:

«Nuestra táctica debe ser la de un gran ejército disperso en guerrillas. Mutua comunicación que a la vez nos aliente y nos obligue, pero la única indispensable para entendernos con una palabra [...]».

En cuanto a las actividades, la lista de sugerencias era amplia: propaganda a través de buenos impresos; distribución gratuita de propaganda entre el pueblo; impulso de bibliotecas parroquiales, préstamo de libros; organización de dos tipos de certámenes, los unos para premiar autores que hubiesen expuesto brillantemente temas de doctrina, y los otros para premiar el celo de los que trabajasen en la destrucción de obras impías o protestantes:^H. Para los indecisos, Sardà ilustraba con un ejemplo la finalidad de la asociación:

³⁰ SARDÀ y SALVANY, F.: *Manual...*, op. cit., p. 18.

³¹ En marzo de 1871, la administración de la *Revista Popular* ya había promovido gracias a «la subvención de una persona generosa» la organización de una campaña de recogida (y quema) de libros protestantes intercambiables por ejemplares de la Biblioteca Popular. La campaña se prolongó hasta el día de la Anunciación, momento en que se premió al más celoso concursante. El J Certamen Antiprotestante tuvo lugar en abril de 1871; fue premiado Fernando Verdura, de la Barceloneta, quien actuando solo y por su cuenta consiguió quemar 1.500 libros protestantes. Entregó el premio Juan de Palau y Soler, vicario capitular de la diócesis. Cf. *Revista Popular*, núm. 10, 4 de marzo de 1871; *Revista Popular*, núm. 14, 1 de abril de 1871. El 12 de agosto de 1871, la *Revista Popular* convocó el II Certamen Antiprotestante, los premios del cual se entregaron el 1 de abril de 1872.

«Un opúsculo notable se da a luz en un ángulo de España. Circule la noticia por toda ella con la rapidez de un rayo, y multiplíquense las ediciones, y derrámense como lluvia hasta las más escondidas aldeas [...]»³².

A los ojos de Sarda, en aquellos tiempos de revolución, nadie podía eludir su responsabilidad para con el apostolado:

«¿Tenéis fábrica o comercio? Sin que para nada se vea vuestra mano, sois dueño de hacer circular entre vuestros trabajadores o dependientes una porción de obritas u hojas provechosas sobre temas de actualidad [...1]».

«¿Sois Párroco ó encargado de una iglesia o simplemente de una función? En los días en que ha acudido a vuestro templo gran concurrencia atraída por la fama de un buen predicador o de una excelente pieza de música, o por otro motivo cualquiera, ¿por qué no hacéis que termine el acto con un buen reparto de hojas u obritas de propaganda, de poco coste, de mucha claridad, de asuntos del día? [...]»³³.

Poco coste, mucha claridad y temas de actualidad: he aquí los atributos claves (y nada antiguos) que Sardà consideraba imprescindibles para el éxito de la propaganda católica. Expuesto el proyecto sobre papel, y con el objetivo de servir de modelo para el conjunto de diócesis españolas, Sanmartí y Sardà se lanzaron a su concreción en el marco de las parroquias barcelonesas. Trece de un total de catorce parroquias se implicaron, desde el primer momento, en la iniciativa³⁴. En el primer número del *Boletín Oficial del Apostolado de la Prensa*, aparecido el

³² SARDÀ y SALVANY, F.: *Manual...* op. cit. p. 11.

³³ *Ibid.*

³⁴ Además, para mejorar la eficacia del proyecto, las distintas parroquias acordaron actuar coordinadas y de forma especializada. Así, la junta de la parroquia de Santa Arma decidió invertir sus dineros y esfuerzos «procurando que se inserten máximas católicas en objetos de comercio». Las de Santa María del Mar y de Sant Francesc de Paula se especializaron en el préstamo de libros. La de Santa Maria del Pi, presidida por Salvador Casañas, en el cambio de libros protestantes o impíos por otros de buena doctrina. La de Sant Miquel —la Mercè— se especializó en la publicación de hojas volantes de los escritos más notables. La de los Santos Just i Pastor se comprometió a impulsar una tienda ambulante para poder ir de pueblo en pueblo. La de Sant Jaume, en la promoción de la idea del apostolado. La de Sant Pau, «cuantos fondos reúna esta junta se destinarán al reparto gratuito de folletos a domicilio de la clase jornalera en Barcelona». La parroquia de Sant Agustí trabajaría en la publicación de romances y otras lecturas populares. La de Betlem, en la venta de libros durante los días de mercado. La de Sant Josep en «la expedición de hojas volantes y opúsculos que combaten la inmoralidad». En la del Carme «las limosnas de esta junta se destinarán para distribuir gratis la *Revista Popular*». Finalmente, en Santa Madrona, los fondos «... se invertirán

1 de enero de 1872, Sardà aparecía como vicepresidente de la junta diocesana de Barcelona; sus inseparables amigos Guillén y SanmarLí completaban la junta como tesorero y secretario respectivamente. Como presidente nato de la asociación constaba Juan de Palau i Soler, vicario capitular de la diócesis³⁵. Fuera de la ciudad condal, la iniciativa causó también buena e inmediata impresión³⁶. Como señaló la junta diocesana de Tortosa, desde el inicio del Sexenio se habían erigido, en todas partes, incontables asociaciones e iniciativas para el fomento de las buenas lecturas y el exterminio de las impías. El avance cualitativo del nuevo apostolado consistiría, justamente, en la superación del aislamiento de dichas empresas:

«[...]se han levantado, de tres años a esta parte, en nuestra España, un sinnúmero de asociaciones destinadas a la propaganda de buenas lecturas. No todas, sin embargo, han logrado el éxito que fuera de desear. Tal vez la falta de organización para la fácil circulación, y por otra parte los costosos sacrificios que ocasionaba a los que, animados de un buen celo, tenían que atender aisladamente a las suscripciones de algunas de estas publicaciones, dificultaban la realización de los buenos deseos de tales empresas. El *Apostolado de la Prensa* viene, pues, a salvar estos inconvenientes»³⁷.

Orígenes y primeros pasos de la *Revista Popular*

A la hora de comprender la significación que para aquellos jóvenes católicos había tomado su participación en actividades de propaganda católica, pocos ejercicios resultan tan significativos como la recuperación de la memoria de su experiencia del Sexenio. Así, por ejemplo, el P. Abadal, casi medio siglo después de aquellos acontecimientos, recordaría el contexto en que la *Revista Popular* salió a la luz:

«Cuando vio la luz la *Revista Popular* rugía en España la revolución con una furia de que no se había visto ejemplo: las calles y las plazas se convertían

en introducir folletos y hojas católicas en los talleres y grandes centros de fabricación». CL *Boletín oficial del apostolado...*, op. cit., p. 10.

³⁵ *Boletín oficial del Apostolado de la prensa*, núm. 1, enero de 1872, p. 9.

³⁶ Informadas todas las diócesis acerca del proyecto, Las Palmas, Tenerife, Ceuta, Granada, Oriola, Osma, (hiedo, Santiago, Tarazona, Valladolid y Vitoria se sumaron rápidamente a la iniciativa. En Catalunya, Girona, Tarragona, Tortosa y Vic también anunciaron su rápida acogida. Burgos, Cádiz, Calahorra, Coria, Jaén y Lleida mostraron interés por el tema y expusieron su voluntad de ponerlo en funcionamiento.

³⁷ *Boletín oficial del Apostolado...*, op. cit., p. 13.

en cátedras de blasfemia; se vieron los templos profanados escandalosamente. Los religiosos proscritos. Los sacerdotes en muchas partes perseguidos como fieras. Y fuera de España acababa de realizarse la consumación de la obra tan suspirada por la revolución satánica, la ocupación de Roma por las fuerzas enemigas del Papado, con la supresión del poder temporal de la Santa Sede, y la relegación del Papa a un Palacio que le sirviera de habitación y de cárcel. Y en Francia ardían las llamas siniestras de la *Comunne* y eran fusilados el Arzobispo de París y otros varios sacerdotes del clero secular y del regular, únicamente por ser ministros de Jesucristo. Y poco después se desataba en Suiza y en Alemania aquella persecución hábil y sañuda, tenaz y violenta, que se conoce con el nombre de *Kulturkampf*, de la cual esperaba un pontico tan despierto como Bismark el aniquilamiento del catolicismo. En esta época aciaga, en medio de una tempestad tan deshecha entró a bogar como simple remero en la nave de la iglesia nuestro Dr. Sardà»³⁸

Convencidos de que la participación en mISiONES de propaganda católica era «caso de conciencia», Sarda, Sanmartí y Guillén dieron forma a la que acabaría siendo la revista decana de la prensa barcelonesa: la *Revista Popular*³⁹. Nacida con suma modestia y sin demasiadas pretensiones –la dirección y administración de la *Revista* se fijaron, de momento, en el propio domicilio de Sanmartí– los primeros números del nuevo semanario surgieron gracias a la desinteresada colaboración de amigos y vecinos, que desde el propio comedor de Sanmartí se encargaron de plegar, empaquetar y organizar la distribución de los primeros ejemplares⁴⁰. El 30 de noviembre de 1870, un Sardà entusiasmado describía a su inseparable amigo Celestino Matas las grandes líneas del proyecto:

«Quiérote, no para subscriptor, sino para colaborador, y de ésta no te escapas. Es caso de conciencia. Decíame yo: lo que llevo escrito en *La Propaganda* y en el *Oscurantista*, dicho cada sábado en un papel de ocho páginas en cuarto, con más algunas correspondencias que fabricaría yo mismo, o me darían mis amigos, con tal o cual variedad religiosa de buen gusto, en prosa

³⁸ ABADAL, J., S. I.: «El Dr. Sardà modelo de sacerdotes», en «Filiar homenaje de la Revista Popular a su director y maestro Félix Sardà y Salvany», *Revista Popular*, Tipografía Católica Pontificia, 15 junio 1916, pp. XXIII-IV.

³⁹ Una buena síntesis del discurso esgrimido desde las páginas de la *Revista Popular* puede encontrarse en SOLANCE HIBBS-LISSORGUES: *Iglesia, prensa y sociedad en España (1868-1904)*, Alicante, Instituto de Cultura «Juan Gil Albert» y Diputación de Alicante, 1995, pp. 89-114.

⁴⁰ SANMARTÍ, P., «La propaganda católica...», *op. cit.*, p. 147.

o en verso, en catalán o castellano ¿no formarían todo junto una mediana revista para el pueblo trabajador, para los artesanos, tejedores y aun para las niñas devotas? Y si todo esto pudiese darse a seis cuartos al mes ¿no tendría mucha suscripción? Parecióles bien la idea a Guillén y a Sanmartí, dos seglares como dos alhajas. Pues bien, ellos se encargarán de la administración y de todo lo material y responderán de la salida del número. Yo cuidaré con algún otro de llenarlo. Ensayaremos *el sistema de hacer grandes cosas con medios pequeños*; charlaremos por los codos; hablaremos de todo; combatiremos con el lucero del alba; y ni una palabra de política: bastante campo hay que correr en la religión. En cuanto nos reunamos en Barcelona, manos a la obra, y tú manos a la pluma [...],¹¹

A pesar de la modestia con que la *Revista* dio sus primeros pasos, la colaboración de prestigiosos personajes del mundo del periodismo y la cultura católicos no se hizo esperar. En primer lugar, de Manuel Milá y Fontanals, ex profesor de Sardà de Estética general y Literatura española y que firmaría en la *Revista* como «Dn. M.»¹². También, desde el segundo semestre de 1872, contarían «... cada vez con cuatro grabados, de Padró nada menos»¹³. Finalmente, Sardà contó con la participación de algunos de los jóvenes y amigos que le acompañarían, de forma más o menos intermitente, a lo largo de toda su vida: es el caso de Jaume Collell, de Salvador Casañas, de Lluís Fiter -quien se ocupaba

¹¹ Carta de F. Sardà a Celestí Matas de 30 de noviembre de 1870. Ésta y toda la correspondencia que aquí hemos utilizado procede del libro mecanografiado, inédito, que se conserva en el fondo Bonet, carpeta 36, "Sardà y Salvany", depositado en la Biblioteca Pública Episcopal del Seminario de Barcelona. El libro, que según explicaba en su propia portada debía aparecer a propósito de la conmemoración del centenario del nacimiento de Sardà, del veinticinco aniversario de su muerte y del sexagésimo de la composición de *El Liberalismo es pecado*, llevaba por título *Un gran apóstol de la pluma. Autorretrato del Dr. D. Félix Sardà y Salvany. Modelo de propagandistas y periodistas católicos. Rasgos con que el mismo rejere su doble empresa hasta su más señalado triunfo en 1887*. Debo el conocimiento y la posibilidad de consultar toda la documentación que sobre Sardà y Salvany se conserva en fondo Bond a la amabilidad de Casimir Martí. La cita en las pp. 66 Y67.

¹² Sardà y Salvany participó, agradecido, en el homenaje dedicado a M. Milá, a propósito del cincuentenario de los Juegos Florales de Barcelona. En el artículo que le dedicó en la *Revista Popular*, Sardà recordó, con orgullo, la colaboración y muestras de afecto de Milá en los orígenes del semanario. SARDÀ, F.: «También nosotros», *Revista Popular*, núm. 1.951, 30 de abril de 1908, pp. 275-76.

¹³ Sardà se refería a Tomás Padró y Servet, dibujante y pintor, uno de los mejores artistas gráficos que tuvo Cataluña durante el siglo XIX. La cita en *Un gran apóstol...*, op. cit., p. 81.

de la revista de París y de la de Madrid-, de Ribas y Servet o de Celestino Matas⁴¹. O también de jóvenes promesas como Francisco Martín Melgar -futuro secretario personal de Don Carlos-, o, no sin ciertos reparos, del propio José Coll y Vehí, catedrático del Instituto de Barcelona, presidente de la Asociación de Católicos de Barcelona y buen amigo de Mañé y Flaqué y de Durán y Bas.

Sin duda, al margen de por la presencia de sus más o menos prestigiosos colaboradores, aquello por lo que la *Revista* merecería ser recordada deriva de haber conseguido su principal objetivo: ser escrita «al alcance de nuestro pueblo»⁴⁵. Como recordaría Joan Costa y Deu, a propósito de la muerte de Sarda, en 1916:

«I es que el Dr. Sarda, tant com un gran apologista, va ésser un gran periodista, un dels més grans periodistes espanyols. EH va ésser, en realitat, el primer que va donar a Espanya el tipu de publicació popular. La compaginació dels primers números de sa *Revista* constitueixen una mostra palesa del seu esperit de periodista [...]»⁴⁶

Pequeños y sustanciosos artículos, algunos sueltos con incisivos títulos, notas bibliográficas directas y ligeras rompían sin duda con el molde farragoso de largos estudios doctrinales, de poemas de centenares de versos con que el resto de periódicos y revistas del momento rellenaban sus interminables columnas. Además, añadía Costa y Deu:

⁴¹ Celestino Matas (Mataró 1843-Barcelona 1918) ingresaría en la Compañía de Jesús en 1872. Durante el primer año de funcionamiento de la *Revista Popular* colaboró con sus cartas «Al obrero católico» de claro contenido moralizante. Matas y Sarda se habían conocido y confraternizado en el Seminario. Acerca de su íntima relación, véase BONET, I., y MARTÍ, C.: *L'Integrisme a Catalunya. Les grans polemiques 1881-1888*, Barcelona, Vicens Vives, 1990.

Aunque no con la intensidad con que lo haría posteriormente, Collell ya participó en la revista durante el Sexenio. Durante este período hemos podido localizar tres colaboraciones suyas: «Antítesis, la petrolera i la Hermana de la Caridad», *Revista Popular*, núm. 86, 17 de agosto de 1872; «A la memoria de Aparisi», *Revista Popular*, núm. 100, 23 de noviembre de 1872, y «Recuerdos de Roma», *Revista Popular*, núms. 173 y 175, 18 de abril de 1874 y 2 de mayo de 1874.

⁴⁵ SARDÁ y SALVANY, F.: «El peor de nuestros males», *Revista Popular*, núm. 200, 1874, p. 259.

⁴⁶ COSTA y DEU, I.: «Sardá i Salvany, mestre de periodistes», en AAVV, *A la venerada memoria de seu fundador i conciliari el doctor Feliu Sardá i Salvany dedica aquest número extraordinari del sú butlletí [l'Academia Catòlica, Sabadell, 30 de abril de 1916, pp. 25 y 26.*

«... no solament va donar el tipu i format de publicació que va servir de model trenta anys més tard a tots els diaris i revistes d'Espanya per a acabar amb l'ensopiment de modIos antics que feien baixar les llistes de subscripció, sinó que va ensenyar també la manera de fer-se llegir i obtenir així el fruit del treball realitzat, sapiguent escollir els genres que el públic pretenia. Així veiem que després de mig segle cultivant el petit article de fons d'aire popular i la crònica de cinc o sis quartilles, tots o la majoria dels periodistes espanyols han escollit aquest genre...»⁴⁷.

Conseguidos el éxito y los primeros beneficios en la publicación de todos los proyectos editoriales impulsados en el curso de aquellos meses –el 15 de noviembre de 1871 había impulsado, por ejemplo, la publicación de 8.000 ejemplares de un *Almanaque de los Amigos del Papa*, que pronto se vio en la necesidad de reeditar– Sanmartí, de la mano de los jesuitas, impulsó la creación de la propia imprenta, la *Tipografía Católica*, en un local de la calle del Pino, propiedad del barón de Maldá. Desde aquel establecimiento, a partir de 1872, se imprimirían la *Revista Popular*, la «Biblioteca Popular» y el resto de iniciativas propagandísticas del grupo⁴⁸. Unas iniciativas que cubrían una amplia gama de posibilidades: desde la publicación del *Apostolado de la Prensa*, «eco oficial de la asociación de este nombre»; pasando por el boletín mensual de la Juventud Católica de Barcelona, o por revistas quincenales y mensuales al estilo de *La Ciencia al alcance de todos*, *Misiones católicas*, *Santa Teresa de Jesús* o *Zuavo del Papa*. Asimismo editaban almanaqueş, toneladas de estampas, «... muy a propósito para servir de premios de aplicación en los colegios de enseñanza de niños de uno y otro sexo»; fotografías de santos, del Papa, oraciones, libros «homologados» de recibos, de actas...⁴⁹ En definitiva, toda una actividad de militancia católica y, al mismo tiempo, un lucrativo negocio.

La movilización de los católicos

Tan importante como la consecución de una oferta periodística y publicística alternativa a la del orbe liberal, lo era la movilización

⁴⁷ *Ibid.*

⁴⁸ SANMARTÍ, P.: «La propaganda cal(l)lica...», *op. cit.*, p. 154.

⁴⁹ Queda constancia de la actividad de la Tipografía Católica a partir de la «sección de anuncios» de la *Revista Popular*. La cita en *Relista Popular*, núm. 57, 27 de enero de 1872.

y la ostentación de la condición de católicos de los fieles. El 11 de noviembre de 1871, por ejemplo, Sardà y Salvany invitaba a sus lectores a comprar el *Almanaque de los Amigos del Papa*. Resulta realmente muy gráfica la significación que Sardà daba a la adquisición de aquel calendario:

«[el almanaque] tiene por objeto popularizar y fomentar en la familia española el amor a nuestro oprimido pontífice y la adhesión a la causa sacrosanta que su nombre simboliza. El nombre de Pío IX es el que sirve hoy de punto de ataque y de defensa respectivamente a los malos y a los buenos. La cuestión del pontificado es hoy el campo de batalla donde se han dado cita los ejércitos de Dios y los del infierno en guerra ya desde el principio del mundo [...] El Almanaque indicado es, pues, obra de propaganda y de lucha, y cualquier católico que lo sea de veras ha de ostentarlo en su tienda, taller o escritorio [...]»⁵⁰.

Como dejaba dicho Sarda, la adquisición del almanaque servía, al tiempo que para hacer pública la adhesión a la figura del Papa y a la religión, para ostentarlo ante el enemigo y, consecuentemente, para delimitar con claridad los dos bandos enfrentados.

Era el mismo argumento que utilizaría, reiteradamente, para exigir a los fieles su participación en romerías, peregrinaciones y cualquier otro tipo de campaña de movilización de los católicos⁵¹. Un Sardà eufórico por el éxito de participación conseguido en la celebración del veinticinco aniversario del pontificado de Pío IX escribía:

⁵⁰ *Revista Popular*, núm. 46, 11 de noviembre de 1871.

⁵¹ La sección piadosa de la *Revista Popular* ofrecería puntualmente la crónica de las movilizaciones organizadas alrededor del orbe católico. Las informaciones sobre las actividades desarrolladas en Francia, Alemania o Bélgica, además de explicitar claramente el carácter político de los encuentros -todas las reseñas constatan la presencia de diputados o militares legitimistas, de ex-combatientes a las órdenes de los ejércitos pontificios-, pretendían actuar como ejemplo y estímulo para la movilización de los católicos peninsulares. El verano de 1871 fue, en este sentido, muy prolífico. La *Revista Popular* informaría de un encuentro de cerca de 25.000 personas en Vic; de otro con unas 14.000 en Tolosa; de encuentros en Cardona y en Solsona. A finales de verano se promovió, incluso, una peregrinación a Lourdes. Los motivos variaban: conmemoración del veinticinco aniversario del pontificado de Pío IX, devoción a alguna Virgen. El objetivo final era, no obstante, siempre el mismo. Por su lado, en las páginas de *La Convicción*, Salvador Casañas informó de la "Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Nuria" que promovió, el 27 de agosto, el insigne obispo Caixal. Cf. *La Convicción*, núm. 395, 2 de septiembre de 1871, pp. 5437-38.

«Al leer las descripciones entusiastas de las grandes solemnidades que ha habido en todas las provincias, aun las que pasan por revolucionarias, el corazón se dilata y no se puede menos de exclamar: ¡Aún hay patria! El pueblo español es católico hasta la médula de los huesos, y no renegará jamás de la fe de sus padres. ¿Quién había de decir a los enemigos de la Iglesia que ellos mismos, en pleno dominio de la revolución, habían de confesar la fuerza incontrastable del Catolicismo en España?»⁵².

Buscando y confundiendo siempre un sinfín de sentimientos (adhesión a la figura del Papa, a su ancianidad, patriotismo, fervor religioso, adhesión a las costumbres de los ancestros), Sardà instaría repetidamente a la movilización de los fieles, ya fuese a través de la simple organización de triduos y rogativas como a través de la realización de peregrinajes de mayor o menor envergadura. A sus ojos, la organización de romerías era especialmente aconsejable por dos motivos:

«La romería católica tiene dos objetos elevadísimos, que la hacen en todos tiempos, y hoy más que en otro alguno, recomendable. La oración y la manifestación»⁵³.

Una manifestación útil, en primer lugar, porque permitía demostrar que «somos los más [y nolos menos]; asimismo, y no menos importante, porque fijaba con claridad las dos orillas, los que estaban del lado del catolicismo y los que estaban en su contra. Finalmente, añadía Sarda, la manifestación pública era interesante porque, a medio plazo, acababa «obligando» a los que en ella participaban: siempre sería más difícil abjurar o retractarse de alguna posición si previamente se había defendido públicamente que no si tan sólo se había manifestado en la intimidad.

y es que para Sarda, para ser un católico «íntegro», sin «peros», tan importanle como la práctica de la fe, lo era su exhibición y ostentación públicas⁵⁴. De aquí el interés de Sardà para hacer constar, en iniciativas como, por ejemplo, la *Subscripción Popular en favor del Romano Pontífice*

⁵² *Revista Popular*, núm. 27,1 de julio de 1871, p. 212.

⁵³ SARDÀ y SALVANY, F.: "¡Adelante!", *Revista Popular*, núm. 20, 13 de mayo de 1871, p. 153.

⁵⁴ Sardà y Salvany, pero también hombres como Jaume Collé —nada sospechoso de ser recordado en la actualidad como integrista—, se referirían en más de una ocasión a los católicos de «pero», refiriéndose con este calificativo a aquellos que encontraban siempre pretextos para justificar su comportamiento contemporizador con respecto a los liberales. Véase el artículo de SARDÀ y SALVANY: «Los Malos periódicos», *Revista*

Pobre que impulsó desde su *Revista Popular*, además de las cantidades recibidas para tal empresa, el nombre de quienes las enviaban. En la presentación de dicha campaña Sardà y Salvany escribió:

«En vista de la miseria del Papa abrimos desde hoy en la última página de nuestra *Revista* una subscripción popular, a la cual confiamos que nadie faltará de cuantos se l)recien (le llanlarse católicos»⁵⁵

Participar en esta u otras iniciativas similares (recogidas de firmas, muestras de adhesión, romerías, peregrinaciones...) era un deber ineludible para todo buen católico y una ocasión, añadía Sarda, para expresar, en forma de rogativa y sin temor, los propios sentimientos. Lanzada al público la idea de la subscripción, por ejemplo, en pocas semanas las columnas de la *Revista* se convirtieron en la plataforma idónea desde donde poder lanzar severos ataques a los esfuerzos por secularizar la política y la vida civil, cuando no el pretexto ideal para exhibir claras simpatías por la causa carlista⁵⁶.

Así, por ejemplo, el 8 de noviembre de 1873, en plena guerra civil, un tal C. B. rogaba desde las columnas de la *Revista* «por el triunfo de la legitimidad y del derecho en todo el mundo»⁵⁷. Medio año antes, uno de Vilafranca del Penedés se había autopresentado como un «amante de Dios, de la patria y del Rey»⁵⁸. Algunos aprovechaban la posibilidad de contraer más de una subscripción para enviar toda una declaración de principios:

«¡Viva Pío IX! 1,00. ¡Viva el Papa Rey! 1,00. ¡Viva la Inmaculada Concepción! 1,00. ¡Viva Roma, capital del Orbe católico! 1,00. ¡Viva el Syllabus!

Popular, núm. 27,1 de julio de 1871, pp. 209-210, o el capítulo sexto de *La Revolució i les antigüalles* de COLLELL, titulado «Castes de revolucionaris». Para la lectura de este último puede consultarse la edición que bajo el título *Escrits polítics. Jaume Collell*, publicó Joan Requesens para Eumo Editorial y el Instituto Universitario de Historia Jaume Vicens Vives, el pasado 1997. El opúsculo en las pp. 68-98.

⁵⁵ «Obras son amores». *Revista Popular*. núm. 3, 14 de enero de 1871. p. 19.

⁵⁶ A pesar de que Sardà intentó siempre presentar su *Revista Popular* como apolítica, siendo su divisa «nada, ni un pensamiento, para la política; lodo, hasta el último aliento, para la religión». desde su fundación, el 15 de marzo de 1870, Sardà colaboraba, bajo el seudónimo de El Oscurantista de buena fe. en el periódico carlista de Lluís Vil de Llauder. *La Convicción*.

⁵⁷ *Revista Popular*, núm. 150, 8 de noviembre de 1873, p. 228.

⁵⁸ *Revista Popular*. núm. 94, 12 de octubre de 1872, p. 182.

1,00. ¡Viva el Concilio ecuménico! 1,00. ¡Viva el poder temporal de la Iglesia!
1,00. ¡Viva la infalibilidad pontificia! 1,00 [...]»⁵⁹.

Otros, como por ejemplo Caieta Barraquer –el cura con quien el futuro obispo Torras y Bages, huyendo de la República, compartió alojamiento durante algunos meses, en Vinçà, a los pies del Canigó-, aprovecharían para arremeter contra los considerados (también por Sardà) como principales enemigos del catolicismo, los católicos liberales:

«Cayetano Barraquer, presbítero, para que el señor se digne confundir y destruir el liberalismo desde su escuela atea hasta la perniciosísima llamada liberal-católica, 4,00»⁶⁰.

Como queda dicho, la figura de Pío IX se convierte en el emblema de la reacción contra el avance del liberalismo o, si se quiere, de la modernidad. Las referencias a la suerte del Papa, en especial desde la fatídica fecha del 20 de septiembre de 1870 –cuando las tropas de Víctor Manuel entran en Roma– se contarán por centenas. Prácticamente todos los subscriptores de la *Revista Popular* sentirían la necesidad de exhibir su adhesión y amor por aquella causa. Algunos lo harían aprovechando la ocasión para mostrar sus más que discutibles dotes poéticas con versos como «*Es católico deber, al Pontífice socorrer*»⁶¹. Otros, más atinados, harían de la bandera pontificia el estandarte de la causa antiliberal:

«D. V. P. Pbro., en unión de varios fieles que están orando sin intermisión a fin de que Dios conceda al Santo Padre ver humillados y abatidos hasta el polvo de la tierra a los enemigos de la santa Iglesia católica, apostólica y romana, 50.00»⁶².

⁵⁹ *Revista Popular*, núm. 154, 6 de diciembre de 1873, p. 276.

⁶⁰ *Revista Popular*, núm. 207, 1874, p. 384. Noticia de la residencia de Josep Torras y Bages, en Vinçà, con Caietà Barraquer en COLLELL, L.: *Dulcis Amicitia. Correspondencia del Doctor Torras y Bages amb Mossen Jaume Collell...*, «Biblioteca d'autors vigatans», vol. XX, Gazeta de Vic, Vic, Tipografía Balmesiana, 1921, p. 36. Caietà Barraquer i Roviraltà había nacido en Barcelona en 1839. Después de estudiar Derecho y licenciarse en teología fue ordenado presbítero en 1869. Algunos datos biográficos en MANENT, A.: *Diccionari d'Història eclesiàstica de Catalunya*, Generalitat de Catalunya, Barcelona, Claret, 1998.

(i) *Revista Popular*, núm. 127, 31 de mayo de 1873, p. 271. Firma la intención A. P. presbítero de Gracia.

⁶² *Revista Popular*, núm. 175, 2 de mayo de 1874, p. 288.

y es que, como señaló Sardà y Salvany en el *Almanaque de los Amigos del Pío IX*, revista mensual también dirigida por él, aparecida en 1872, nada como la adhesión al Papa ejemplificaba, tan nítidamente, la condición de católico sin matices:

«La virtud del católico en nuestros días ha de ser la devoción al Papa. En otros tiempos podían no exigirse demostraciones públicas de adhesión a este punto, al cual nadie combatía. Hoy ésta debe ser la piedra de toque para conocer al verdadero católico y distinguirlo de tanto revolucionario ambiguo. La tibieza en amar al Papa, en defenderle, en socorrerle, en rogar por él arguye necesariamente un catolicismo averiado»⁶³.

Evidentemente, este tipo de campañas destinadas a la movilización y, en definitiva, a la politización de los católicos no siempre debieron ser fáciles de realizar. A parte de por su marcada significación ideológica y política, a menudo, para no pocos parroquianos e incluso para más de un párroco, poco acostumbrados al mundo moderno y menos aún a sus nuevas técnicas de politización, comprender la utilidad de dichas actividades debió resultar, cuanto menos, complejo. El testimonio de Ségur sobre este tema resume, muy gráficamente, los términos del problema:

«Encontrábame yo en la campiña, y habiendo preguntado a un buen párroco si pensaba establecer el Dinero de San Pedro en su parroquia, contestome con extraña ingenuidad: Yo me guardaré mucho de hacerlo, mi gente no entiende lo que es; y yo no sé cómo explicarlo; y con tanto mayor motivo cuanto que los malos periódicos que leen los repiten en todos tonos que sólo se les pide dinero para oprimir el pobre pueblo italiano, para mantener el lujo de los cardenales, etc. Doy cinco francos en nombre de la parroquia, y asunto concluido»⁶⁴.

«Mi gente no entiende lo que es», pero, no menos importante —y suponiendo que él sí que lo comprendiera—, el pobre párroco rural reconocía que «yo no sé cómo explicarlo». Desde el mundo urbano, y gracias al empuje de valientes propagandistas al estilo de Sardà y Salvany, el nuevo apostolado se extendía, por doquier, como una mancha

⁶³ «O con el Papa o contra el Papa»: artículo compilado en el *Almanaque de los amigos de Pío IX*, enero de 1873, p. 11, citado por HIBBS-LISSORGUES: *Iglesia, prensa...*, op. cit., p. 81.

⁶⁴ *Revista Popular*, núm. 71,4 de mayo de 1872, pp. 247-248.

de aceite. Libros como *El dinero de San Pedro*, de Ségur, que en Francia consiguieron llegar a la cifra de 100.000 ejemplares vendidos, y que en la Península Sardà se ocuparía de difundir, contribuyeron a hacer inteligibles todos estos nuevos procesos.

Sardà y Salvany y sus esfuerzos por encuadrar allaicado católico

Implicado desde los primeros momentos de la revolución de Septiembre en la defensa del catolicismo a través de la prensa y de la propaganda, Sardà completaría su actividad apostólica impulsando con tenacidad la vertebración de una amplia red de asociaciones confesionales «tendents a enquadrar ellaieat catolic amb propòsits de fomentar la militancia»⁶⁵.

Si en Barcelona Sardà participó y fomentó la actividad de entidades como la filioarlista Juventud Católica, como la Asociación Católica de amigos del Pueblo o, como ya se ha visto, el Apostolado de la Prensa, también por aquellas mismas fechas decidió impulsar el asociacionismo católico seglar en su propia ciudad natal⁶⁶.

El 26 de diciembre de 1870, provisionalmente con sede en su propio domicilio, Sardà fundaba su Juventud Católica⁶⁷. En opinión de Marian Burgués, ceramista y anarquista sabadellense coetáneo de Sarda, la iniciativa respondía claramente a una maniobra de la gente acaudalada para ahogar el espíritu liberal de la villa:

«La gent adinerada [explicaba Burgués en sus memorias] s'entrega per complet a la direcció del Dr. Feliu i aquest fundà associacions catoliques de tota mena i fundà i bastí el casal de la Joventut Catolica al carrer de

⁶⁵ BONET, J., y MARTÍ, C.: *L'inlegrisme a Catalunya...*, op. cit., p. 14.

⁶⁶ Además de los inseparables amigos de Sardà, Sanmartí y Guillén, también eran miembros de la Juventud Católica de Barcelona José Vilarrasa, José de Palau, Manuel Milá de la Roca -estos dos últimos redactores del periódico carlista dirigido por Luis María de Llauder, *La Convicción*, y miembros de la Junta Católico-monárquica reorganizada en Barcelona a principios de 1872-. CL *La Convicción*, núm. 54, 4 de febrero de 1872, pp. 337-338, y *La Convicción*, núm. 83, 3 de marzo de 1872, p. 621.

⁶⁷ Así consta en el acta fundacional de la asociación que figura en la primera página del Libro de Actas de la entidad, conservado en la Aademia Católica de Sabadell, todavía hoy en funcionamiento. Academia Católica de Sabadell (ACS), «Joventut Catòlica», Llibre d'actes, 26 de diciembre de 1870.

Sant Joan. Calia ofegar l'esperit liberal de Sabadell per aconseguir això no hi plangueren maquinacions»⁶⁸.

Al margen de la más que probable confusión cronológica que sufrían las consideraciones de Burgués -que probablemente hacía extensiva a los años del Sexenio, una sintonía entre la burguesía sabadellense y Sardà que, en realidad, no encontraremos hasta la llegada de la Restauración-, la decisión de crear una entidad juvenil católica, en Sabadell, se inscribía claramente en el proyecto de erigir unos espacios de sociabilidad y politización alternativos a los que ofrecía el liberalismo⁶⁹. Se trataba, en definitiva, de «reconquistar», para el catolicismo, el terreno perdido ante la revolución⁷⁰.

La asociación, que en el curso de los casi tres años en que funcionó (durante esta primera etapa) llegó a contar con unos ochenta socios, se reunía semanalmente, los domingos, normalmente a partir de las tres de la tarde. El 6 de julio de 1873, por razones que no se especifican en el acta, celebró su última sesión⁷¹.

⁶⁸ BURGÜES, ILL: *SabadeLL del meu record. Cinquanta anys d'història anecdòtica local*, Sabadell, Ajuntament de Sabadell, 1992, p. 169.

⁶⁹ Sobre el concepto de «sociabilidad» y la figura de Maurice Agulhon, su introductor en el terreno de la historia, véase el dossier que le dedicó, recientemente, la revista *Histori(i) Social*, en su número 29 (1997). Véase especialmente el artículo de I. CANAL MORELL dedicado a la bibliografía de Agulhon.

⁷⁰ En este sentido, Sardà se mostraba convencido de que la causa de las tribulaciones que sufría la sociedad, la raíz del éxito revolucionario en España, radicaban precisamente en la pérdida de influencia sufrida por la religión verdadera: «La revolución del 68 sorprendió a nuestro buen pueblo en la práctica de su fe, práctica viva en algunas partes, en verdad, pero en otras muchas muerta y rutinaria; ofase misa, celebrábase el Patrón, asistíase a las procesiones, recibíanse los sacramentos indispensables; pero como todo esto no estaba sostenido en muchos por la convicción, sino por meras costumbres heredadas y practicadas inconscientemente, bastó la voz ardorosa de un agitador para que viniese al suelo con lamentable ruina». SARDÀ Y SALVANY, F.: «El peor de nuestros males», *Revista Popular*, núm. 200, 1874, p. 259.

⁷¹ Aquellos primeros día de julio fueron, sin duda, uno de los momentos más tensos de todo el Sexenio. A pesar de que, todavía el 27 de junio, Agustí Rius, vice-rector de los Padres escolapios, había escrito a su hermano que «en Sabadell estamos casi como en los tiempos normales, vestirnos la sotana de escolapio y sólo para ir a Barcelona nos vestimos de paisano», la muerte, el 9 de julio, del brigadier Cabrinety, a manos de los carlistas, desató las iras anticlericales. A la una y media de la madrugada del 12 de julio, los Voluntarios de la República forzaron la salida de los escolapios del Colegio y, para evitar mayores males, los instaron a instalarse en casas de particulares. La mañana del día 13, consumados los hechos, el alcalde oficializó el destierro de los escolapios y ordenó el cierre de las iglesias. En este ambiente, evidentemente,

La actividad ordinaria de la asociación consistía en una reunión semanal, de unas dos horas, en donde, después de la lectura del acta de la reunión anterior, se procedía a realizar alguna lectura y a discutir sobre ella. A continuación, se pasaba revista a temas de actualidad católica y, especialmente, a temas de apostolado que guardasen relación con la entidad. Finalmente, si era necesario, se discutía sobre la admisión, o no, de nuevos socios o sobre algún otro tema de funcionamiento o de organización.

De la lectura del libro de actas de la entidad se desprende que los objetivos perseguidos por Sardà pasaban, en primer lugar, por la creación de un espacio para facilitar la acción apostólica (fomento de las buenas lecturas, denuncia de las perniciosas...). Se trataba, asimismo, de facilitar a los socios una oferta cultural y lúdica alternativa a las ofrecidas por el liberalismo y un espacio de sociabilidad que ratificara a los jóvenes en su militancia católica⁷². Finalmente, detrás de la convocatoria a la movilización en favor de la causa católica y a la participación en actividades de apostolado (organización de escuelas dominicales nocturnas, de romerías...) aparecía también, nítidamente, el fomento de la militancia en favor de una determinada concepción político-social.

No dejan de ser significativas, en este sentido, las lecturas «religiosas» que acostumbraban a realizarse durante las reuniones semanales. A pesar de que, teóricamente, las reuniones debían iniciarse con la lectura de algún texto piadoso o edificante, procedente de algún libro de religión o de moral, o incluso (previa censura del director) de creación propia de alguno de los socios, en realidad, casi invariablemente, los textos utilizados eran o la propia *Revista Popular* de Sardà, o algún artículo de *El Pensamiento español*, uno de los máximos

Sanlá debió decidir suspender las actividades de la juventud Católica. Los datos y la cita en CASTELLS, A.: *Sahadell. Informe de l'oposició...*, *Op. cit.*, p. 918.

⁷² En este sentido la asociación intentaba promover diversas actividades que invitasen a los jóvenes a pasar las tardes de los domingos en los locales de la entidad, que no cerraba hasta las diez de la noche: adquisición de juegos de ajedrez, de dominós, organización de loterías, de excursiones y meriendas al Santuario cercano... También en la dirección de reforzar el sentimiento de grupo, la juventud Católica intentaba mantener contacto habitual con asociaciones del resto del Estado con objetivos similares a los suyos. Así, por ejemplo, mantuvo algún tipo de relación con el Círculo de Obreros de Alcoy, con la juventud Católica de Alcoy, de Barcelona, de Córdoba, de León, de Lleida, de Madrid, de Murcia, de Oviedo, de Salamanca, de Santa Coloma de Queralt, de Solsona, de Tortosa y de Valencia. ACS, "joventut Catòlica», Libro de Actas.

exponentes de la prensa neocatólica (convertido desde los inicios del Sexenio al carlismo y rotunda y radicalmente opuesto a la búsqueda de puntos de encuentro entre carlistas y alfonsinos)⁷³.

Evidentemente, este proceso de adoctrinamiento pronto se traducía en una implicación mayor de los jóvenes como agentes difusores de aquellas ideas y en un estímulo para su movilización, en Sabadell⁷¹.

A modo de conclusión: el legado del Sexenio

La etapa que se inaugura con el Sexenio supuso un nuevo episodio de violencia y de confrontación entre liberales y católicos, y también, a pesar de los intentos de amalgama contrarrevolucionaria, entre católicos intransigentes y católicos liberales o, simplemente, conciliadores. Para muchos católicos aquellos habían sido unos años de radicalismo: años de «o todo o nada» -escribió Cardó-; años, en definitiva, en los que del enemigo no se podía aceptar... ni el bien. Acomodados en la teoría de la «catástrofe previa», jóvenes eclesiásticos como Sardà y Salvany se mostraron partidarios de que la «Revolución» exhibiera hasta el extremo sus zarpas, para recomenzar así, mejor y escarmentados, la restauración católica.

Convencidos o con el pretexto de que bajo ninguna circunstancia la Iglesia podía acomodarse bajo el orden liberal - a sus ojos condenado por el Papa con el Syllabus-, Sardà y Salvany y buena parte del clero catalán no dudaron en enterrar en el olvido la reflexión transaccionista de Balmes y en identificar la suerte de la Iglesia con la de un partido, la Comunión Católico-monárquica.

⁷³ ACS, «Joventut Catòlica», Libro de Actas.

⁷¹ Así, regularmente, hojas de propaganda católica, números de la *Revista Popular*. estampas de la Virgen, almanques dedicados a Pío IX u otros recursos de propaganda católica eran distribuidos entre los socios para consumo propio y para ser repartidos entre amigos y familiares. El 6 de enero de 1871 se repartieron entre los socios 500 ejemplares del reglamento de la asociación. La semana siguiente se distribuyeron ejemplares de la "Biblioteca Popular". El 22 de enero se repartieron 200 ejemplares de una instrucción acerca del matrimonio civil. El 2 de febrero, 125 ejemplares de "Propaganda Católica". Además de la tarea difusora de este tipo de propaganda, los obsequios eran, especialmente para los más jóvenes, un buen estímulo para no faltar a la cita semanal. Así, por ejemplo, en la sesión del JO de noviembre de 1872, sufragados por Primitivo Sanmartí -por entonces presidente de la Juventud Católica de Barcelona-, se regalaron a los presentes calendarios de Pío IX para 1873.

Afortunadamente, no todos los católicos habían tomado partido en la misma orilla que Sarda. Aunque la mayoría, ciertamente, no habrían corregido ni una coma a los discursos de Antolín Monescillo o del canónigo Manterola cuando, en abril de 1869, fijaron con meridiana claridad ante las Cortes su implacable intransigencia con lo que consideraban el error, de hecho, desde los inicios del Sexenio hombres como Mañé, Vilarrasa o Gatell mostraron su escepticismo cuando no su decidida oposición a la intransigencia respecto del orden establecido y, más aún, con respecto a la teoría de la catástrofe previa en que tanto confiaba Sarda.

Con estas dos sensibilidades confrontadas, con esta abierta discrepancia sobre el sentido que habría que tomar en el futuro inmediato la «restauración católica», el manifiesto de Sandhurst del príncipe Alfonso, en diciembre de 1874, necesariamente debió ser recibido de forma distinta por unos y otros. Para Mañé, para Gatell y para Vilarrasa, el guante que arrojaba el alfonsismo era, si los católicos sabían estar unidos, más que suficiente:

«Formemos juntos una masa compacta y, aun cuando podamos tener apreciaciones diferentes, aun cuando podamos no estar conformes en cuestiones de detalle, aun cuando podamos disenir en los puntos libres, estaremos unidos en los necesarios; y si una larga cadena de desengaños nos lleva a los unos y a los otros, no al campo del escepticismo político, sino al de la independencia; si sabemos sobreponer a los pmlidos y hasta a las formas lo que vale más que todo esto, que son los principios; si sabemos ser, no una pandilla, no un partido, sino la grande escuela española y católica, mucho podernos hacer aún para encauzar de nuevo el curso de nuestra historia. No se nos diga, por Dios, que lo que conviene es que vuelva la Revolución, porque tras la Revolución ha de venir el ideal político. Decir esto hoy, ya no sería una aberración, una ceguera; decir esto, querer esto hoy sería un crimen. Una larga cadena de desengaños nos da a conocer que no se va al orden por el camino de la anarquía»⁷⁵.

Lo que había pasado en Francia después de la revolución, después de la Comunne, o lo que había pasado en la propia España daban muestra de ello. A pesar de ello, habrían de pasar más de veinte años antes de que Sardà aceptase (y aún con matices) recoger el guante conciliador que le habían ofrecido Gatell y Vilarrasa.

⁷⁵ CATELL, VILARRASA: *Historia de la revolución...*, *Op. cit.*, vol. II, p. 1101.

En todo caso, para el catolicismo, tal y como se ha mostrado en este artículo, los años de revolución no habían pasado en balde. En la memoria de los católicos, el Sexenio deja los gérmenes de las futuras divisiones, las heridas (reales e imaginarias) de los excesos anticlericales y de la guerra civil. Asimismo, no obstante, aquellos años dejan también como herencia el nacimiento de una nueva generación de jóvenes y celosos propagandistas, marcados por la experiencia vivida y convencidos de que la reconquista del lugar hegemónico que todos coincidían en considerar que debía tener la Iglesia en la sociedad, sólo se conseguiría con la decidida militancia y con la participación, con las mismas armas que el liberalismo, en la lucha por la conquista de la opinión pública. El combate de la prensa racionalista, materialista y atea necesitaba, en definitiva, «el contrapeso de un apostolado en favor de los principios religiosos [...] de un apostolado muy enérgico, muy activo». Ésta era, finalmente, la principal lección que les legaban seis años de «revolución». Vistas las orejas del lobo y convencidos que si se reanudaba «hoy, la revolución no ha de venir de la misma manera que vino el 68; no volveríamos a su 73 [...] la revolución en España es ya más adulta», había que ponerse a cambiar muchas cosas, si se quería que todo continuase igual⁷⁶. Sardà y sus seguidores no comprendieron la importancia de aquella transacción. Pero esto forma ya parte de otra historia.

⁷⁶ Las citas en *ibid.*